

Las dos caras del problema pesquero actual

Por MAREIRO

Quando puedan conocerse las cifras de tonelaje pesquero, construido en los dos años posteriores al fin de la Guerra nacional, será momento de medir la importancia real de la industria, y el rango de su papel dentro de la economía total del país.

Aún sin disponer de esas cifras, las de la producción pesquera del año 1940, que pronto conocerán minuciosamente los lectores de esta Revista, ponen de relieve un avance excepcional sobre el volumen de la cosecha anual anterior; lo cual demuestra que el principal impulso ha salido de los astilleros.

No es posible calcular hoy, si en un futuro más o menos próximo la actividad constructiva que se advierte en las factorías navales particulares, singularmente en las especializadas como creadoras de unidades de pesca, representará una gran ventaja para la nación, o, por el contrario, conducirá a profunda y dañosa crisis.

Quando esta fase un tanto heterogénea y alegre comenzó, las opiniones de los expertos coincidían en el pesimismo. Se reflejaba en ellas el recuerdo de otras épocas no lejanas, y el de la experiencia ruinosa que en el año 1936 llegó a sus más agudas manifestaciones.

Nadie olvidará que, con ocasión de la Guerra de 1914-1918 se registró un fenómeno parecido, aunque menos intenso que el actual. Gentes que jamás habían pensado en explorar el mar, ni en conocer sus problemas, armaron vapores y probaron fortuna.

De todo aquello que semejaba fiebre apresurada de participar en un agio fructuoso, vino a quedar en definitiva poco más o menos lo que ya tenía solera, lo que ya echara raíz. El armador eventual se esfumó, y fué sosteniendo la industria el elemento que la había fundado; lento en sus evoluciones, rutinario si se quiere, pero acertado y seguro, con un lastre de saber práctico que en vano puede buscarse fuera del ámbito tradicional y genuino.

¿Pasará otro tanto, cuando descienda el grado de optimismo que aún anima hoy a los capitales procedentes de otros campos, para ensayar negocios en el de la pesca arrastrera?

Sería excesivamente aventurado, contestar a esta pregunta en sentido afirmativo, cualquiera que sea el significado de la experiencia recibida.

Los fenómenos económicos no se repiten con la fidelidad que suponen los espíritus poco afortunados a calar su profundidad. Las circunstancias del mundo, en la época actual, cambian con una aceleración insospechada, y conducen a resultados que no es posible imaginar.

* * *

Más sensato será atenerse a los hechos.

Y los hechos cantan una realidad a la que es preciso acostumbrarse: España, al final de la guerra actual, contará con una flota de pesca superior, cuando menos en un cincuenta por ciento, a la que tenía en 1936.

La industria está evolucionando hacia un grado de des-

arrollo mucho mayor del normal. Las medidas que, en un principio, se juzgaron indispensables para contener la fiebre constructiva no diremos que la han exacerbado; pero no la aminoraron, ni la contuvieron siquiera. Y hoy, o dentro de un año, nos hallaremos con el hecho consumado de contar con doscientas o doscientas cincuenta mil toneladas más al año de pescado, sobre las cuatrocientas mil aproximadamente que constituían la media ordinaria de la producción nacional.

No valdrá entonces pensar en la posible reducción de la flota.

La que resulte antieconómica quedará inactiva, sin necesidad de adoptar medida alguna para ello. La otra, es posible que tenga necesidad de reñir una lucha comercial interna, grave y difícil.

De este camino es necesario preservar el porvenir de la industria.

Sin dejar de comprender los riesgos que el incesante incremento de la flota comporta y proyecta, no debemos olvidar que hay medios de combatirlos. Para España, que necesita incrementar sus fuentes auténticas de riqueza, será más conveniente una flota copiosa y potente, que una flota mediana. Pero es indispensable asegurar el sostenimiento de aquella, preparando la normal absorción, a precios reenumeradores, de todo el pescado que desembarque en nuestros puertos.

* * *

Ahora se piensa solamente en construir, y es necesario ampliar el vuelo de ese pensamiento. Hay que dirigirlo también hacia tierra, y buscar en ésta el complemento indispensable de los afanes pura y estrechamente pesqueros.

Porque lo que no podrá salvarse en lo futuro, será aquello que, teniendo dos caras, se cultive solo por una. El problema de la pesca es bifronte. No hay que mirarlo solamente por el lado del mar, como suelen hacerlo los que vienen a él como van al río los pescadores de caña, cuando el agua se enturbia y hay posibilidades de aprovechar bien el tiempo.

El que se contenta con las posibilidades inmediatas, con los lucros adventicios y fáciles, descuida la labor profunda y duradera, que pueda representar la subsistencia de su negocio en condiciones de normal productividad.

De este defecto ha adolecido siempre la industria pesquera española. Se ha quedado demasiado en industria, en faena de captación y extracción, cuando debía, al propio tiempo, organizarse comercialmente, adquirir un verdadero dominio de la técnica distributiva y de la técnica de vender.

Quando la industria llega, como ahora, a su fase máxima, de verdadera expansión y fortalecimiento, es cuando esta necesidad de atender los problemas que la circundan, se hace más apremiante y más aguda.

* *

